

## La Iglesia durante el franquismo. Un debate abierto

**Pablo Martín de Santa Olalla**

Cuando se acaban de cumplir treinta años de la muerte del General Franco, las editoriales especializadas en el tema han decidido publicar un auténtico aluvión de monografías que teóricamente deben contribuir a un mejor conocimiento de lo que fue la dictadura transcurrida entre 1939 y 1975. Aprovechando esta coyuntura, hemos querido presentar una reflexión general sobre uno de los aspectos concretos, el de la Iglesia Católica durante aquel régimen. Y la conclusión a la que llegamos es que, aun habiéndose recorrido un buen trecho del camino, todavía es mucho lo que queda por hacer. Veremos por qué.

Resulta evidente, a modo de prólogo, que la cuestión resulta en sí no sólo de gran interés, sino también de carácter francamente polémico, en la medida que la Iglesia se configuró, junto con el Ejército y la Falange, como uno de los tres pilares institucionales del franquismo. Además, la natural preeminencia de la religión católica sobre la sociedad española coloca la cuestión en una dimensión que trasciende lo meramente eclesial hasta afectar a las propias estructuras económicas y sociales. La importancia y presencia de la Iglesia Católica en España afectó de una manera muy especial a varias generaciones de españoles, quienes, ya sea desde una posición laudatoria o, por el contrario, de rechazo frontal y abierto, hacia la institución, reconocen la influencia que ésta tuvo en sus vidas.

En ese sentido, parece claro que durante el franquismo hubo dos iglesias bien diferenciadas. La primera, conocida comúnmente como la *Iglesia del nacional-catolicismo*, se desarrolló fundamentalmente entre abril de 1939, en que finaliza la guerra, y enero de 1959, en que el Papa Juan XXIII anunció la convocatoria del último concilio ecuménico celebrado hasta el momento (Vaticano II). La segunda, por su parte, tuvo lugar entre enero de 1966 y noviembre de 1975, y es la de la llamada *Iglesia de la contestación*. Los siete años que separan una etapa de la otra constituirían la transición de un modelo a otro, siendo la Iglesia vasca, que fue la que siempre más problemas creó a Franco, la primera en dar señales de rebeldía.

Hay que decir que esa primera etapa histórica ha sido menos trabajada que la segunda, quizá por ser más oscura y por resultar más interesante el problema de la represión que el franquismo llevó a cabo en la década de los cuarenta que el asunto propiamente eclesial. La última monografía publicada sobre estos años es la del profesor de la Universidad de Zaragoza Julián CASANOVA *La Iglesia de Franco* (Barcelona, Crítica, 2005), que en realidad es una reedición de su libro publicado en 2001 en la editorial Temas de Hoy, y donde la principal novedad es que se incluyen las notas a pie de página que no fueron publicadas, seguramente por razones de tipo editorial, en 2001. Esta obra nos muestra, en esencia, a la Iglesia más sórdida, la que calló ante la brutalidad de la represión. Casanova centra su libro en las memorias de un capellán de prisiones llamado Gumersindo de Estella y que desarrolló su labor en la cárcel de Zaragoza. El relato resulta estremecedor pero sólo parcial sobre lo que fue la Iglesia del “primer franquismo”. En efecto, parece innegable que la jerarquía católica del momento no se opuso frontalmente a la represión contra los derrotados en la guerra, pero una cuestión es no actuar por miedo y otra, que es la que parece desprenderse del libro de Casanova, estar de acuerdo con los desmanes cometidos por las autoridades franquistas. La prueba misma de todo esto la encontramos en las negociaciones con la Santa Sede durante estos años. A pesar de que el franquismo colmó de privilegios a la Iglesia, el Vaticano tardó más de dos años en conceder el privilegio de presentación de obispos al Jefe del Estado español (dejando además la puerta de los preladados de carácter auxiliar abierta de par en par) y la firma de un nuevo Concordato, el de 1953, como se encargó de poner de manifiesto la brillante monografía de Javier TUSELL (*Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza Editorial, 1984), constituyó todo un calvario para la diplomacia franquista aun cuando tanto su Ministro de Asuntos Exteriores (Alberto Martín Artajo) como su Embajador ante la Santa Sede (Fernando María de Castiella) eran dos personas de destacada procedencia católica.

Ello no obsta para reconocerle a Casanova que aquella fue una Iglesia plagada de obispos mediocres y serviles más preocupada de recuperar la posición perdida como consecuencia tanto de la política anticlerical de la II República como de la progresiva secularización de la sociedad, que de lograr una auténtica reconciliación entre los españoles y una plena integración social de los derrotados. La Iglesia sería la primera en reconocer sus propios errores y en septiembre de 1971, a través de la *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes*, pediría perdón público por no haber sabido ser instrumento de reconciliación entre los españoles.

Fue así como se pasó a la llamada *Iglesia de la contestación*, donde la figura de Pablo VI jugó un papel esencial. Una de las principales obras sobre este período es la de Vicente CÁRCEL ORTÍ (*Pablo VI y España. Fidelidad, renovación y crisis (1963-1978)*, Madrid, BAC, 1997). Se trata de un estudio amplio que merece ser tenido en consideración por cuanto refleja un trabajo importante, pero muestra un tono excesivamente corporativista que hace perder a la obra objetividad sobre lo que se cuenta. Además, las fuentes primarias apenas son utilizadas. Mucho más completo desde el punto de vista metodológico, y centrado en el caso vasco, aunque no ha tenido la difusión que realmente merece, es, a nuestro juicio, el libro de Anabella BARROSO *Sacerdotes bajo la atenta mirada del Régimen franquista. Los conflictos sociopolíticos de la Iglesia en el País Vasco desde 1960 hasta 1975* (Bilbao, Desclée de Brouwer, 1995).

Desde esa perspectiva, la monografía más sólida sobre la Iglesia en el franquismo es la de Josep María PIÑOL (*La transición democrática de la Iglesia católica española*, Madrid, Trotta, 1999), a pesar de que la obra, debido a que el autor murió en plena redacción de la misma, no pudo llegar hasta el final del franquismo (el libro se queda en 1969): sus notas a pie de página resultan francamente sugerentes y el conjunto de la investigación demuestra un excelente conocimiento de la cuestión por parte de Piñol. También de gran interés y escrita por hombre de condición religiosa (es un destacado jesuita) resulta la aportación de Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR, titulada "La Iglesia" (*Historia de España Menéndez y Pidal*, vol. XLI, *La época de Franco (1939-1975). Política, Ejército, Iglesia, Economía y Administración*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 384-442). Otros estudios de carácter general que merece la pena tener en cuenta son los de José ÁNDRÉS-GALLEGO y Antón Manuel PAZOS (el segundo volumen de *La Iglesia en la España contemporánea*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1999, aporta cosas interesantes pero pierde claramente rigor cuando llega el momento de hablar del *Opus Dei* y de su influencia en la política española), Rafael BELDA y otros (*Iglesia y sociedad en España: 1939-1975*, Madrid, Editorial Popular, 1977), Feliciano BLÁZQUEZ (*La traición de los clérigos en la España de Franco. Crónica de una intolerancia (1939-1975)*, Madrid, Trotta, 1991), José María DÍAZ MORENO ("Las Relaciones Iglesia-Estado en la segunda mitad del siglo XX. Datos personales para un balance", *XX Siglos*, 50, 2001, pp. 58-77, brillante síntesis realizada por uno de los mejores especialistas en Derecho Canónico de nuestro país), Rafael DÍAZ-SALAZAR (escrito desde una perspectiva sociológica, se titula *Iglesia, dictadura y democracia*, Madrid, Ediciones HOAC, 1981), Rafael GÓMEZ PÉREZ (*El franquismo y la Iglesia*, Madrid, Rialp, 1996), Guy HERMET (*Los católicos en la España franquista*, 2 vols. Madrid, CIS, 1985-1986, interesante aproximación desde un punto de vista socio-

lógico aunque falto de fuentes primarias y sobrepasado por las últimas novedades historiográficas), Antonio MARQUINA BARRIO (*La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, Madrid, CSIC, 1983, se trata de una obra pionera en el tema y constituye un muy sólido trabajo de archivo), Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES (*De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el "primer franquismo" (1939-1953)*, Barcelona, Laertes, 2003), el libro coordinado por Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ (*Iglesia, Estado y Sociedad en España. 1930-1982*, Barcelona, Argós-Vergara, 1984) y Silvie ROUXEL DOLIVET (*Espagne. La transformation des relations Eglise-Etat du concile Vatican II à l'arrivée au pouvoir du PSOE*, Rennes Cedex, Presses Universitaires de Rennes, 2004, tiene el mérito de haber sido realizado por una hispanista, aunque se echa en falta la documentación de archivo).

### **El episcopado. Conferencia de Metropolitanos y Conferencia Episcopal**

La Iglesia es una institución fuertemente jerarquizada y, por tanto, resulta difícil entender su funcionamiento sin tener en cuenta quién la encabeza en cada momento. En ese sentido, resulta necesario distinguir entre organismos y figuras concretas. En lo que se refiere a lo primero, el franquismo se encuentra regido por la Conferencia de Metropolitanos hasta 1965, y por la Conferencia Episcopal a partir de entonces. Sin embargo, no pueden colocarse ambas en el mismo plano, ya que tuvo y sigue teniendo mucha mayor importancia la Conferencia Episcopal que la Conferencia de Metropolitanos, institución esta última oscurecida por la persona del *Primado*, esto es, por la persona que en ese momento encabezara la que hasta 1971 fue principal diócesis del país (Toledo). Y ello ha tenido su reflejo en la historiografía. Mientras de la primera sólo contamos con un libro de Vicente CÁRCEL ORTÍ donde se recoge el contenido de sus reuniones (*Actas de las Conferencias de Metropolitanos Españoles (1921-1965)*, Madrid, BAC, 1994), la segunda no sólo ha visto publicados en multitud de ocasiones sus documentos (1984, 2003, 2004), sino que ha sido objeto de diversas monografías (Fernando CHICA ARELLANO, *Conciencia y misión de la Iglesia. Núcleos eclesiológicos en los documentos de la Conferencia Episcopal española*, Madrid, BAC, 1996; Juan Carlos GARCÍA DOMENE, *A favor del hombre. El diálogo fe-cultura en los documentos de la Conferencia Episcopal Española (1966-1993)*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1995; Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES, *La Iglesia que se enfrentó a Franco. Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953*, Madrid, Dilex, 2005; y Rafael SANZ DE DIEGO,

“Siete lustros de la Conferencia Episcopal (1966-2001)”, *XX Siglos* 50, 2001, pp. 78-91).

Por su parte, las biografías sobre obispos presentan dos panoramas bien distintos. Mientras los principales prelados del llamado “primer franquismo” han sido, con más o menos éxito, objeto de la atención de los historiadores, en el caso de la llamada *Iglesia de la contestación* el panorama se limita a Vicente Enrique y Tarancón... y poco más. Estos obispos que ejercieron su mandato durante la década de los cuarenta y cincuenta (algunos llegaron a prolongarse hasta los sesenta) son Enrique Pla y Deniel (Glicerio SÁNCHEZ RECIO, *De las dos ciudades a la resurrección de España. Magisterio personal y pensamiento político de Enrique Pla y Deniel*, Valladolid, Ámbito, 1994), Ángel Herrera Oria (el libro de José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *El Cardenal Herrera Oria. Pensamiento y acción social*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1986, resulta excelente por el rigor y el conocimiento de la institución que este historiador posee), Antonio Pildáin (sin ser ninguna de las dos especialmente brillante, resulta más sólida la de Agustín CHIL ESTÉVEZ, *Pildáin. Un obispo para una época*, Las Palmas de Gran Canaria, Caja Insular de Ahorros de Canarias, 1987, que la de Gabriel DE ARMAS, *Pildáin. Obispo de Canarias (Biografía inacabada)*, Las Palmas de Gran Canaria, Autor-Editor, 1976), José María García Lahiguera (el libro de Vicente CÁRCEL ORTÍ *Pasión por el sacerdocio. Biografía del Siervo de Dios José María García Lahiguera, Arzobispo de Valencia*, Madrid, BAC, 1997, tiene el problema de que, en ocasiones, roza la hagiografía) sin olvidar a quien marcó la Iglesia del “primer franquismo”, esto es, el Cardenal Isidro Gomá (la biografía escrita por su auxiliar en Toledo, Anastasio GRANADOS, *El cardenal Gomá, Primado de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, es francamente deficiente y marcada todavía por el lenguaje típicamente laudatorio y *nacionalcatólico*), ni a quien principalmente se opuso a ella, el también Cardenal Francesc Vidal i Barraquer (la más destacada, a pesar de haberse quedado ya un tanto anticuada, es la escrita por Ramón MUNTANYOLA y titulada *Vidal i Barraquer. El Cardenal de la paz*, Barcelona, Laia, 1974). Por cierto que este último obispo tuvo un final de vida ciertamente muy agitado y su peculiar situación, a caballo entre España, Italia y Suiza, otorgó un protagonismo muy importante a su Vicario General, Salvador Rial (biografiado por Hilari RAGUER en *Salvador Rial. Vicari del Cardenal de la Pau*, Barcelona, Publicacions Abadía Montserrat, 1993). Ello nos lleva a señalar la enorme escasez de estudios que existe sobre la figura de los Vicarios Generales de las diócesis, que suelen constituir el “alter ego” del prelado. En algunos casos, como el de José Antonio Pagola con José María Setién en San Sebastián, y no digamos José María Martín Patino con Vicente Enrique y Tarancón en Madrid-Alcalá (en su caso fue denominado “Pro-Vicario General”), esta fi-

gura posee un peso decisivo en el funcionamiento diocesano, incluso con proyección política en ocasiones. Punto y aparte es la polémica figura de Pedro Segura, el Cardenal-Arzbispo de Toledo expulsado de España por su cerrada oposición a la república. La biografía más reciente sobre él, la de Francisco GIL DELGADO (*Pedro Segura. Un cardenal de fronteras*. Madrid, BAC, 2001), es interesante por la cantidad de información que aporta, pero carece de una adecuada metodología.

Desde esa perspectiva, la historiografía debe ser capaz de realizar una buena investigación sobre Fidel García Martínez, aquel prelado que tuvo la osadía de enfrentarse a Serrano Súñer y que acabaría siendo víctima de una campaña de desprestigio que le costaría la carrera episcopal (una primera aproximación es la de Antonio CALVO ESPIGA, "Un obispo en la encrucijada de las relaciones Iglesia-Estado: la Instrucción Pastoral de D. Fidel García Martínez del año 1942", *Scriptorium Victoréense*, XXXIX, 1992, pp. 84-125). También debe estudiar la figura de Mateo Múgica, uno de los pocos obispos rebeldes del "primer franquismo" y cuyas memorias, *Imperativos de mi conciencia* (1945), no constituyen suficiente garantía sobre lo que realmente sucedió en torno a su conflicto con el Régimen de Franco.

Mientras, la generación episcopal de la llamada *Iglesia de la contestación* sigue prácticamente huérfana de aportaciones historiográficas. Como era de esperar, el Cardenal Tarancón, Presidente de la Conferencia Episcopal española entre 1972 y 1981 y Arzbispo de Madrid-Alcalá prácticamente durante las mismas fechas, ha sido el personaje más trabajado, pero con escaso éxito. Algunas de las monografías han pasado sin pena ni gloria (me estoy refiriendo, por ejemplo, a Félix Manuel MARTÍNEZ FRONCE, *Introducción al Tarancón primero*, Cuenca, Autor-Editor, 1987; o Pedro RODRÍGUEZ, *Vicente Enrique y Tarancón*, Madrid, Grupo Unido de Proyectos y Operaciones, 1991), y otras, aun siendo respetables, no han sido realizadas por historiadores en sentido estricto (Ceferino DE BLAS, *El cardenal que coronó al rey*, Barcelona, Editorial Prensa Ibérica, 1995; Jesús INFIESTA, *Tarancón, el cardenal de la reconciliación*, Madrid, Ediciones San Pablo, 1995; y José María JAVIERRE, *Aconteció Tarancón*, Madrid, PPC, 1996), de tal manera que, para conocer mejor la figura de este insigne prelado, debemos acudir a las numerosas entrevistas que se le hicieron (por ejemplo, Pedro ASÍN BERNAL, *El cardenal Tarancón desde su retiro*, Castellón, Diputación de Castellón, 1998; María Luisa BREY, *Conversaciones con el Cardenal Tarancón*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1994) o José Luis MARTÍN DESCALZO, *Tarancón. El cardenal del cambio*, Barcelona, Planeta, 1982) o a sus propios escritos (*Recuerdos de juventud*, Barcelona, Grijalbo, 1984; y *Confesiones*, Madrid, PPC, 1996).

Si en el caso de Tarancón no contamos aún con la biografía definitiva, con el resto de los miembros de aquella generación episcopal que acabó enfrentándose a Franco el panorama resulta, sencillamente, desolador. No tiene todavía ni una sola biografía un hombre como José María Bueno Monreal, que, tras acceder al episcopado en 1945 fue el hombre designado por Roma, en 1954, para “marcar” en Sevilla al Cardenal Segura (quien a pesar de su avanzada edad seguía creando importantes problemas al franquismo), y que, además de ser Arzobispo de Sevilla durante un cuarto de siglo (1957-82) y cardenal desde 1958, fue uno de los principales colaboradores del Cardenal Tarancón como Vicepresidente de la Conferencia Episcopal entre 1972 y 1978. Un caso parecido es el del también cardenal Narcís Jubany, Obispo de Gerona y posteriormente Arzobispo de Barcelona, y participante en la reunión de octubre de 1974 entre Pablo VI y una representación de la jerarquía española que acabó definitivamente con las posibilidades de renovación del Concordato de 1953, quien tan sólo tiene publicado un libro-homenaje (*Misselània en honor del cardenal Narcís Jubany i Arnan*, Barcelona, Enciclopedia Catalana, 1992), a la espera de que la historiografía, especialmente la catalana (que tantas líneas ha dedicado a Vidal i Barraquer) quiera prestar atención a su figura y obra. Peor es el caso de quien pudo ser y finalmente no fue el gran antagonista del Cardenal Tarancón, el obispo gallego José Guerra Campos, cuyo conocimiento se limita a un pequeño libro escrito por un historiador no profesional, perteneciente a la que fue su última diócesis (Cuenca), y donde se echa en falta un buen aparato crítico, aun reconociendo el esfuerzo recopilador hecho (me estoy refiriendo al libro de Antonio FERNÁNDEZ FERRERO, *Guerra Campos. Apuntes para una biografía*, Valencia, Comercial Editora de Publicaciones, 2003).

Y es que quien realmente fue el antagonista del Cardenal Tarancón fue Marcelo González Martín, ya que ejercía como Arzobispo coadjutor de Barcelona desde febrero de 1966 y titular de la misma diócesis desde enero de 1967. “Don Marcelo”, como popularmente se le conocía en medios eclesiásticos, se situaría en una posición incómoda para Tarancón al sucederle en 1971 como Arzobispo de Toledo y convertirse en cardenal en 1973. Recientemente fallecido, la única aportación medianamente reseñable que conocemos es la de quien fue su auxiliar en Toledo y en la actualidad Obispo de Orihuela-Alicante, Rafael PALMERO RAMOS (*Don Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo*, Toledo, Autor-Editor, 1981). Mucho más doloroso resulta el caso de Casimiro Morcillo, quien lideró la Iglesia española entre 1966 y 1971 aunque nunca fue elevado al cardenalato. Segundo Presidente en la Historia de la Conferencia Episcopal española tras el Cardenal Quiroga, su gris figura quizá ha sido el principal motivo por el cual la historiografía no le ha prestado

atención, a pesar de lo cual su bagaje resulta lo suficientemente importante como para que Morcillo sea objeto de estudio. Pero no es la única figura episcopal del Posconcilio que merece una biografía, ya que a su nombre deben sumarse los de, por ejemplo, Gabino Díaz Merchán, José María Cirarda, Ramón Echarren o Alberto Iniesta.

No podemos cerrar este apartado sin realizar una mención de quien constituye una figura clave en el desarrollo y orientación del episcopado de cada país, al ser el hombre de confianza del Papa en cada país de destino: el Nuncio Apostólico. Por increíble que parezca, ni uno solo de los nuncios que estuvieron en España durante la Dictadura de Franco, Gaetano Cicognani (1938-53), Ildebrando Antoniutti (1953-62), Antonio Riberi (1962-67) y Luigi Dadaglio (1967-80) ha sido biografiado. De entre todos ellos, a nuestro juicio la prioridad debe situarse en la persona del último Nuncio, Dadaglio, ya que de una manera ciertamente magistral fue capaz de cambiar la orientación del episcopado español, de ostensiblemente conservador a netamente aperturista, sin despertar fundadas sospechas durante un lapso de tiempo lo suficientemente importante: Para cuando las autoridades franquistas se dieron cuenta de la maniobra vaticana, ya era demasiado tarde. De ahí que comience a ser más que urgente un estudio sobre su figura.

### **Clero regular y clero secular**

Uno de los campos donde se observa mayor déficit de publicaciones es el referido a las órdenes religiosas y al clero secular, a pesar de la innegable importancia que éstos tienen para el funcionamiento de la Iglesia, al ser hilo de unión entre el mundo seglar y las altas jerarquías.

Comenzando por el clero regular, la *Compañía de Jesús* ha sido quizá una de las mejores atendidas, destacando los estudios de miembros señeros de la misma, como Alfonso ÁLVAREZ BOLADO, “La Compañía de Jesús en España, entre 1936 y 1989 (I): de la Guerra Civil a la crisis de los años setenta (1936-1970)”, *Estudios Eclesiásticos*, 297, abril-junio de 2001, pp. 145-191; “La Compañía de Jesús en España, entre 1936 y 1989 (II): de la crisis de los setenta al serenamiento y el empeño de futuro (1970-1989)”, *Estudios Eclesiásticos*, 298, julio-septiembre de 2001, pp. 383-436) y Manuel REVUELTA GONZÁLEZ (su primera obra *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, Vol. II, 1991, fue sintetizada de manera magistral en la obra coordinada por Teófanos EGIDO y titulada *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Madrid, Marcial Pons, 2004). Merece la pena destacar la obra de un no jesuita, Francisco José CARMONA FER-



NÁNDEZ, titulada *La Compañía de Jesús y el liderazgo católico en la Barcelona de los cuarenta*, Granada, Universidad de Granada, 1995.

Para el resto de las órdenes, el panorama resulta francamente pobre: dominicos, franciscanos, agustinos, salesianos, claretianos, marianistas, etc., no cuentan con ningún trabajo medianamente sólido. Y lo más curioso es que varios de ellos tuvieron personalidades muy destacadas durante el franquismo, como es el caso de los claretianos con Arturo Tabera (que llegaría a cardenal de curia), los dominicos (que tuvieron dos obispos durante el “primer franquismo”, Francisco Barbado y Albino González) o los agustinos (Fray José López Ortiz tuvo una trayectoria muy notable no sólo como Arzobispo de Grado, sino también como miembro del Consejo de Estado).

Respecto a los sacerdotes seculares, debe ser tenida en cuenta la investigación de José Luis GARCÍA HERNÁNDEZ sobre la diócesis de Cartagena-Murcia, “El clero de la diócesis de Cartagena: contribución a un estudio sociológico (1939-1998)”, *Anales de Historia Contemporánea*, 16, 2000, pp. 453-550. Aparte de ésta, poco más podemos destacar. En el apartado de las vivencias personales, resulta muy interesante el relato del ya fallecido José María GONZÁLEZ RUIZ, *Memorias de un cura. Antes de Franco, con Franco y después de Franco*, Málaga, Miramar, 1995, y, desde una perspectiva un poco más “elevada”, ya que siempre tuvo cargos de responsabilidad, el libro de quien fuera Secretario General de la Conferencia Episcopal, Jesús IRIBARREN, *Papeles y memorias. Medio siglo de relaciones Iglesia-Estado en España (1936-1986)*, Madrid, BAC, 1992.

Parece evidente que, si el obispo es un personaje central en la Iglesia, la diócesis constituye la plasmación territorial de dicha figura. Sin embargo, en este terreno también los vacíos son muy notables. La obra más destacada es, con diferencia, la de Mónica MORENO SECO, *La quiebra de la unidad, nacional-catolicismo y Vaticano II en la diócesis de Orihuela-Alicante*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1999, fruto de su tesis doctoral defendida en la Universidad de Alicante.

En relación tanto con las órdenes religiosas como con el clero secular está el asunto del fenómeno vocacional y de la historia de una institución clave dentro de la Iglesia: el seminario. El panorama resulta, en este terreno, francamente desolador. Salvo algún estudio sobre diócesis de la importancia de Toledo (José Ramón DÍAZ SÁNCHEZ-CID, *El Seminario Conciliar de Toledo. San Ildefonso de Toledo: cien años de historia (1889-1989)*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1991) o Pamplona (V.V.A.A., *Cincuenta años del seminario*, Pamplona, Seminario Metropolitano de Pamplona, 1986), y otras diócesis menores, como Lugo (Gonzalo FRAGA VÁZQUEZ, *El Seminario diocesano de Lugo*. Lugo, Caja

de Ahorros de Galicia, 1989), no hay prácticamente nada, por lo menos con un mínimo rigor científico.

Igual sucede con el problema de las vocaciones. Uno de los grandes retos de la historiografía eclesiástica debe ser el estudio geográfico del fenómeno vocacional para permitir una mejor comprensión de la evolución de la Iglesia durante el franquismo y, lo más importante, para explicar la promoción al episcopado y a otras dignidades de importancia. En relación con ello, la obra de José Antonio MARCELLÁN EIGORRI (*Cierzo y bochorno. Fenómeno vocacional de la Iglesia en Navarra (1936-1986)*, Estella, Verbo Divino, 1988) sigue siendo el único punto de referencia para conocer, eso sí, una de las iglesias (la navarra) más ricas en vocaciones. De aquella cantera navarra saldrían obispos tan destacados como Antonio Añoveros, protagonista del famoso *caso Añoveros* (febrero de 1974), o Javier Osés, uno de los prelados más aperturistas del Posconcilio.

Pero si hay un tema realmente central en los años inmediatamente posteriores al Concilio Vaticano II, pero que además tiene su origen en los primeros años sesenta, es el problema de la secularización en masa de sacerdotes, así como el vaciamiento paulatino de los seminarios. Una cuestión en la que parece que se impone la *casuística*, ya que son múltiples y muy variadas las razones por las que muchos decidieron abandonar la carrera eclesiástica: desacuerdo con una Iglesia anclada en la tradición, posibilidad de emprender una nueva vida en una España que se industrializaba a marchas forzadas, anhelo de cubrir unas determinadas necesidades afectivas, etc. Desde aquel libro de Antonio de CASTRO publicado en 1977 (*La gran desbandada. Curas secularizados*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo), no ha habido historiador que haya querido profundizar en un problema que todavía pervive en el seno de la Iglesia y que hunde sus raíces precisamente en el franquismo.

Mención especial merece el *Opus Dei*, no sólo por su importancia dentro de la Iglesia, sino también por la influencia creciente que tuvo a lo largo de la dictadura, a pesar de la obstinación de personas próximas al mismo en hacer creer lo contrario. En ese sentido, dado el carácter intrínsecamente polémico de la organización creada por Escrivá de Balaguer en 1928, las obras sobre lo que actualmente es una prelatura personal se mueven en polos excesivamente radicales. No resultan muy creíbles la mayor parte de ellas por su carácter apologético (Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1987; Salvador BERNAL, *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1976; José Miguel CEJAS, *Beato José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei*, Madrid, Opus Dei-Postulación General, 1992; Rafael GÓMEZ PÉREZ, *El Opus Dei. Una explicación*, Madrid,

Rialp, 1992; Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei. Vida de José María Escrivá de Balaguer*, 3 vols., Madrid, Rialp, 2003-2004). De todos los libros escritos por personas próximas al Opus Dei, la obra más sólida es, con diferencia, la de Amadeo de FUENMAYOR, Valentín GÓMEZ-IGLESIAS y José Luis ILLANES (*El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Barañain, EUNSA, 1989). En el otro extremo, el de la crítica ácida aunque en cierto modo fundada, se sitúa Jesús YNFANTE, cuya última obra sobre el tema (*El santo fundador del Opus Dei. Biografía completa de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Barcelona, Ares y Mares, 2002) es bastante más sólida y ha sido escrita de manera claramente menos apresurada que la publicada en 1996 (*El Opus Dei. Así en la Tierra como en el Cielo*, Barcelona, Grijalbo); perteneciente a esta segunda corriente es también la monografía de Carlos ALBÁS (*Opus Dei o chapuza del diablo*, Barcelona, Planeta, 1992). Quizás la obra más equilibrada sea, en ese sentido, la de Joan ESTRUCH (*Santos y pillos. El Opus Dei y sus paradojas*, Barcelona, Editorial Herder, 1993), aunque seguimos sin tener la investigación definitiva.

Desde esa perspectiva, los relatos de vivencias personales también se mueven en posiciones extremas. Para los que siempre permanecieron en el Opus Dei, no hay el más mínimo atisbo de controversia sobre las excelencias de la prelatura personal (Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el fundador de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2002; Lázaro LINARES, *Antes, más y mejor. Un relato de mi vida en el Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2002; y José ORLANDÍS, *Mis recuerdos. Primeros tiempos del Opus Dei en Roma*, Madrid, Rialp, 1995), mientras que para los que decidieron marcharse las opiniones vertidas sobre el Opus Dei resultan francamente negativas. Es el caso, por ejemplo, de María Angustias MORENO (*El Opus Dei. Anexo a una historia*, Barcelona, Planeta, 1977; *La otra cara del Opus Dei*, Barcelona, Planeta, 1978; *Opus Dei. Creencias y controversias de la canonización de Monseñor Escrivá*, San Lorenzo de El Escorial, Ediciones Libertarias-Prodhufi, 1992; *El Opus Dei. Entresijos de un proceso*, Madrid, Akal, 2005) y de María del Carmen TAPIA (*Tras el umbral. Una vida en el Opus Dei*, Barcelona, Ediciones B, 1994).

Esta excesiva distancia entre unas obras y otras nos lleva a pensar que sigue siendo necesario un estudio lo más objetivo posible sobre el papel desempeñado por el Opus Dei en el franquismo: sobre todo, más que hablar sobre el funcionamiento y desarrollo del Opus Dei, debe ser capaz de analizar la influencia de dicha organización en la estructura del Régimen de Franco. En ese sentido, será necesario diferenciar dos etapas fundamentales, con fechas no muy precisas. La primera discurre de 1940 a 1956-57 y viene marcada por el ascenso del Opus Dei en el mundo edu-

cativo, ya que la política de promoción de los católicos puesta en práctica por José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional entre 1939 y 1951, permite a los *opusdeístas* un acceso masivo a las cátedras universitarias. La segunda etapa debe ser la que va de 1956-57 hasta 1973, en que, a través de los llamados *tecnócratas*, el *Opus Dei* ejerce una enorme influencia en el desarrollo de la alta política en España. Ello nos recuerda la importancia de biografías de personajes tan destacados dentro durante la segunda parte de la dictadura como Laureano López Rodó, Gregorio López Bravo, Alberto Ullastres o Mariano Navarro Rubio.

Cerrando la cuestión del mundo de los religiosos durante el franquismo, la creciente influencia de los llamados movimientos neoconservadores en el seno de la Iglesia, aun siendo posterior a la dictadura del General Franco, nos obliga a pedir estudios sobre éstos, ya que es precisamente durante los años 1939-1975 cuando se produce el surgimiento y desarrollo de los mismos. El caso más claro de lo que decimos es el movimiento neocatecumenal, fundado en 1964 por el pintor Francisco Argüello (de ahí que sus miembros sean llamados “kikos” en homenaje, o quizá también de manera despectiva, al inspirador del camino neocatecumenal). Pero no sólo hay que hablar de los neocatecumenales: *Legionarios de Cristo*, *Verbum Dei*, *Lumen Dei*, etc., aun teniendo su origen en otros países (los *Legionarios en Cristo* son fundados en 1941 en México), gozan de protagonismo en el franquismo, especialmente cuando surge la *Iglesia de la contestación* y los sectores que no están de acuerdo con ella deciden enfrentarse a ella y agruparse en torno a hermandades como la de San Antonio Claret o publicaciones como *Iglesia-Mundo*.

## El mundo seglar

Hablar en España, y durante el franquismo, de seglares, es hacerlo, en esencia, de la organización *Acción Católica*, fundada a finales del siglo XIX bajo la inspiración pontificia. Pero la *Acción Católica* española no era un mundo monolítico, por lo que debe realizarse una diferenciación muy clara entre lo que es la *Acción Católica* general, por un lado, y los movimientos especializados (HOAC, JOC, etc.), por otra. Sobre la primera, la indiscutible referencia historiográfica es la del profesor de la Universidad de Alcalá de Henares Feliciano MONTERO GARCÍA, autor de una excelente monografía sobre la crisis y deserción en masa de los militantes de *Acción Católica* entre 1966 y 1968, que engloba también a los movimientos especializados (*La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*, Madrid, UNED, 2000), obra que mejoraba de manera muy sensible la de Manuel VIGIL Y VÁZQUEZ (*El drama de la Acción Católica y el “nacionalcatolicismo”*, Barcelona, Santandreu Editor,

1990). Poco antes, el propio Montero había escrito una interesante reflexión global sobre lo que era el mundo seglar, aunque en esta ocasión trascendiendo los límites del franquismo (*El movimiento católico en España*, Madrid, EUDEMA, 1993).

Sin embargo, los trabajos de Feliciano Montero sobre la *Acción Católica* ponen de manifiesto los enormes vacíos historiográficos todavía existentes, planteando dos retos claros: el género y el ámbito local. En efecto, resultaría de gran interés un estudio sobre la diferencia entre la *Acción Católica* femenina y la masculina (Inmaculada BLASCO puso una primera piedra con una interesante comunicación titulada “Las mujeres de Acción Católica durante el primer franquismo”, en *Tiempos de silencio. IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Valencia, Fundació d’Estudis i Iniciatives Sociolaborals, 1999, pp. 158-163), y también sobre la *Acción Católica* en cada provincia o región de España, sobre todo teniendo en cuenta que, en su momento de mayor apogeo, la *Acción Católica* española tuvo más de medio millón de militantes.

Respecto a los movimientos especializados, los dos más destacados a lo largo del franquismo fueron la *Hermandad Obrera de Acción Católica* (HOAC) y la *Juventud Obrera Cristiana* (JOC), aunque el abanico era de gran amplitud: *Juventud Universitaria Masculina de Acción Católica* (JUMAC), *Juventud Universitaria Femenina de Acción Católica* (JUFAC), *Juventud Estudiante Católica* (JEC), etc. Parece difícil discutir que Basilisa LÓPEZ GARCÍA es la persona que más en profundidad ha estudiado la Historia de la HOAC. Ya en 1995 publicó un libro esencial sobre el tema (*Aproximación a la historia de la HOAC (1946-1981)*, Madrid, Ediciones HOAC) y ahora, de manera muy reciente, ha publicado su tesis doctoral, que versó sobre la proyección internacional de dicha organización (*La presencia del movimiento obrero católico español en Europa. La HOAC en los organismos católicos bajo el franquismo*, Murcia, Universidad de Murcia, 2005). También sobre la HOAC ha trabajado Emilio FERRANDO PUIG, pero el problema ha sido que su tesis, escrita en castellano, fue después publicada en catalán sin versión en castellano y, además, se limita a una determinada región de España (*Cristians i rebels. Història de la HOAC a Catalunya durant el franquismo, 1946-1975*, Barcelona, Editorial Mediterrània, 2000).

Si hubo un auténtico animador de la HOAC, ése fue, ciertamente, Guillermo Rovirosa, hombre de vida y personalidad extraordinariamente complejas, que supo sobreponerse a múltiples adversidades que de alguna manera marcarían su pensamiento. Entre los muchos libros que se han escrito sobre él merece la pena destacar el trabajo coordinado por Xavier GARCÍA SOLER (*Rovirosa, apóstol de la clase obrera*, Madrid, Ediciones HOAC, 1995), así como las recientes monografías de Carlos

DÍAZ (*Guillermo Roviroso*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2002), Carlos RUIZ DE CASCOS (*Espiritualidad trinitaria de Guillermo Roviroso. Estudio histórico-teológico*, Madrid, Movimiento Cultural Cristiano, 2004) y Eugenio Alberto RODRÍGUEZ MARTÍN (*Guillermo Roviroso Albet (1897-1964). Espiritualidad y ética del pensamiento social cristiano*, Madrid, Movimiento Cultural Cristiano, 2005).

Menor renovación han experimentado los estudios sobre la *Juventud Obrera Cristiana* (JOC), a pesar de que, como la HOAC, tuvo gran influencia en el progresivo acercamiento de la Iglesia católica a la clase obrera durante la segunda parte del franquismo. Todavía sigue siendo punto de referencia la obra publicada hace ya más de veinticinco años por Josep CASTAÑO COLOMÉ (*La JOC en España, 1946-1970*, Salamanca, Sígueme, 1978). Este mismo autor nos había dejado ya antes sus vivencias personales como militante jocista en Cataluña (*Historia de un militante jocista*, Barcelona, Nova Terra, 1964; *Memòries sobre la JOC a Catalunya, 1932-1970*, Barcelona, Institut Catòlic d'Estudis Socials de Barcelona, 1974), pero, a partir de la década de los ochenta, abandonó este campo de investigación y desde entonces no ha vuelto a él. Fuera de ello, resulta de interés para los que deseen investigar la trayectoria de la JOC en España el trabajo de Salvador SEGUNDO (*Guía-inventario del archivo de la JOC (Juventud Obrera Cristiana)*, Madrid, Juventud Obrera Cristiana, 1987) y la monografía de Rafael HINOJOSA LUCENA (*La JOC, entre l'Església i el món obrer*, El Prat de Llobregat, Editorial Rúbrica, 1998). En este sentido, hay una diferencia muy importante entre la JOC y la HOAC: aunque ambas tuvieron su propia editorial (más bien habría que hablar de sello editorial), mientras la JOC tan solo llegó a publicar dos títulos y ya cesó en su actividad, la HOAC ha editado ya casi un centenar de libros y sigue en funcionamiento.

Muy interesante resulta, por su proyección política, la Historia de la *Asociación Católica Nacional de Propagandistas* (ACNdeP), auténtica canteira de políticos de gran protagonismo en el franquismo (*propagandistas* eran, por ejemplo, Alberto Martín Artajo, Fernando María de Castiella, Pedro Cortina Mauri, etc.). En este terreno destaca con claridad la figura de Mercedes MONTERO, quien es coautora con José Manuel ORDÓVÁS de la *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas* (2 vols., Barañáin, EUNSA, 1993). El segundo es el que nos interesa ya que va desde 1936 a 1945. En realidad, se trata de la unión de dos tesis: la de Ordovás, que va desde 1923 hasta 1936, y la de Montero, que cubre los nueve años posteriores. Ambos son trabajos que deben ser tenidos en cuenta, si bien trabajan con una metodología un tanto anticuada, echándose en falta un mayor aparato crítico en los documentos utilizados y una mayor amplitud de fuentes. En relación con la ACNdeP está el libro

coordinado por Glicerio SÁNCHEZ RECIO y recientemente publicado *La internacional católica. "Pax Romana" en la política europea de posguerra* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005), que constituye un acierto por tocar una temática poco trabajada.

Respecto a lo que son las vivencias de los seglares más destacados, se echa en falta la publicación de memorias por parte de los implicados. Unas de las pocas que pueden ser mencionadas son las de Enrique MIRET MAGDALENA, quien, aun estando lejos de las mejores cabezas de nuestra teología, sí puede acreditar un conocimiento intenso de la Iglesia española del franquismo y así lo hace ver en *Luces y sombras de una larga vida. Memorias* (Barcelona, Planeta, 2000). Sin ser exactamente memorias, resultan de interés por ser su autor uno de los hombres más destacados dentro del mundo seglar, las reflexiones de Fernando MARTÍN-SÁNCHEZ JULIÁ, *Ideas claras. Reflexiones de un español actual* (Madrid, BAC, 2002, última edición). Por último, debemos destacar el libro de María SALAS LARRAZÁBAL y Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, titulado *Pilar Bellosillo. Nueva imagen de mujer en la Iglesia* (Madrid, Acción Católica, 2004), que nos acerca (y además aporta algunos documentos interesantes) a la figura de la seglar más importante del siglo XX en España.

### Iglesia e ideología

Cuando se aborda el problema de la posible influencia ideológica de la Iglesia, hay un término que viene inevitablemente a la cabeza de los especiales en el tema: el del *nacionalcatolicismo*. Denominado de otras maneras (Juan de Dios González Anleo ha hablado de "catolicismo nacional"), constituyó una ideología que en esencia defendía la fusión entre la nación española y la religión católica. No obstante, hay una discrepancia entre la cronología de la misma y el modo en que ésta se desarrolló, pero, en cualquier caso, los trazos fundamentales resultan bastante claros. Quien principalmente se ha dedicado a esta cuestión ha sido el jesuita y teólogo político Alfonso ÁLVAREZ BOLADO (*El experimento del nacional-catolicismo, 1939-1975*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1978; y *Teología política desde España. Del nacionalcatolicismo y otros ensayos*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1999), pero también hay que mencionar el ya citado GONZÁLEZ ANLEO (*Catolicismo nacional: nostalgia y crisis*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1975) y el muy original ensayo del hispanista Alfonso BOTTI (*Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 1992). Además del libro de José Ángel TELLO (*Ideología y política. La Iglesia católica española, 1936-1959*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1984), debemos tener en cuenta, aunque recordando que se centra

más en el tema de la educación, la obra del constitucionalista Gregorio CÁMARA, *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984.

Por otra parte, resulta necesario un libro que sea capaz de abordar las relaciones entre lo que fueron las tres familias institucionales del franquismo: el Ejército, la Falange y la Iglesia. Quiénes y cómo compatibilizaron la pertenencia a dos de esos grupos (estamos pensando, por ejemplo, en Fray Justo Pérez de Urbel y Fermín Yzuriaga, ambos sacerdotes y ambos, también, falangistas), cómo reaccionaron Ejército y Falange ante el despegue de la Iglesia respecto al Régimen, etc. Una de las pocas obras que han sabido responder a esta cuestión es la de Alfonso LAZO (*La Iglesia, la Falange y el fascismo*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995). Sería interesante, desde esa perspectiva, una monografía sobre la evolución de la institución del Vicariato General Castrense.

Otro de los grandes retos de la historiografía de la Iglesia es el referido a la religiosidad. No sólo lo que es la religiosidad en sentido estricto, sino también la llamada religiosidad política. Brilla en este último terreno con fuerza la obra de la profesora italiana Giuliana Di FEBO, autora de *La Santa de la Raza. Teresa de Ávila: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Barcelona, Icaria, 1988, y de *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002. En ellos, Di Febo refleja de manera magistral la utilización política por parte del franquismo de los símbolos de la fe católica, recreando la figura de Franco como enviado de la Divina Providencia para salvar a la Patria del caos y a la anarquía.

### **Labor caritativa y asistencial**

La cuestión de la caridad y de la asistencia a los más necesitados ha sido siempre una de las principales señas de identidad de la Iglesia, fuera cual fuera su grado de cumplimiento. Fue precisamente durante el franquismo cuando tuvo lugar el nacimiento de la principal organización dedicada a la caridad, que, no podía llamarse de otra manera, se conocería con el nombre de *Cáritas*. En ese sentido, la principal labor en este terreno ha correspondido al ya citado José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, autor de un ensayo al que siguió un segundo donde se ampliaba y completaba la información: *50 años de acción social. Cáritas Española (1947-1997)*, Madrid, Cáritas Española, 1997 y *Cáritas Española, 1942-1997. Acción social y compromiso cristiano*, Madrid, Cáritas Española, 1998.

Y es que, a pesar de que contamos en España con muy buenos especialistas en Historia social, los estudios sobre la Iglesia en relación con este tema son más bien escasos. Ello tiene su explicación, pues en



más de una ocasión la institución ha llegado tarde a la hora de conectar con las clases más desfavorecidas. Además, cuando lo ha hecho, no ha sido capaz de hacer lucir esos logros. Así, diversas aportaciones de la historiografía han puesto de manifiesto que hay una influencia católica (quizá habría que hablar más bien de “cristiana” en la medida en que se vuelve a la pureza de las raíces) muy importante en la configuración de la representación sindical y asociativa. De hecho, una de las dos grandes centrales sindicales actuales, *Comisiones Obreras*, tuvo su génesis en una iglesia del barcelonés barrio de Sants, como ha puesto de manifiesto José BAIANO (“Los católicos en el origen de Comisiones Obreras”, *Espacio, Tiempo y Forma* 8, 1995, pp. 277-293). Es más, parece clara la participación de destacados católicos en la oposición al franquismo, lo que ha permitido a algún historiador hablar de “organizaciones obreras cristianas” (destacan los tres libros de Javier DOMÍNGUEZ, titulados *Movimientos colectivistas y proféticos en la historia de la Iglesia*, Bilbao, Mensajero, 1970; *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo*, Bilbao, Mensajero, 1985 y *La lucha obrera durante el franquismo*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1988). Muy interesante resulta, también, la extensa obra (casi mil páginas) de Antonio MURCIA SANTOS (*Obispos y obreros en el franquismo*, Madrid, Ediciones HOAC, 1995).

### Medios de comunicación y publicaciones

Uno de los mejores instrumentos que ha tenido la Iglesia a lo largo de su Historia reciente para hacer llegar su mensaje han sido, ciertamente, los medios de comunicación, de tal suerte que, cuando en 1966 se crea la Conferencia Episcopal española, una de las comisiones episcopales en que ésta se divide es la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social. A ello hay que añadir las numerosas publicaciones vinculadas a la Iglesia, ya sean periódicos (*Ya*, diarios locales como *El Ideal de Granada*, etc.) o revistas (*Cuadernos para el Diálogo*, *Ecclesia*, *Iglesia-Mundo*, *Iglesia Viva*, *Vida Nueva*).

El franquismo logró imponerse sobre los deseos de Ángel Herrera Oria y otros destacados católicos y el diario *El Debate*, órgano fuertemente vinculado a la CEDA de Gil Robles, tuvo que dejar su lugar a un diario fundado durante la II República, el *Ya*, que acabaría muriendo ya durante la democracia. José María GARCÍA ESCUDERO quiso homenajear la trayectoria de este diario y en 1985 publicó el libro *Ya: medio siglo de historia, 1935-1985*, Madrid, BAC, un estudio donde, a pesar de la importante vinculación del autor a este rotativo, se mantiene en todo el momento el rigor y seriedad inherente a toda obra de Historia.

También contamos con trabajos sobre la revista *Ecclesia*, que, fundada en 1941, aunque oficialmente siempre ha sido presentada como el órgano de difusión de las ideas de *Acción Católica*, en realidad es el portavoz oficioso del episcopado español. La revista, que se ha mantenido hasta nuestros días y que cuenta todavía con una importante tirada, fue el objeto central de la tesis doctoral de Francisco VERDERA, quien, aunque en 1995 publicó en una editorial un resumen de la misma (*Conflictos entre la Iglesia y el Estado en España. La revista Ecclesia entre 1941 y 1945*, Barañán, EUNSA, 1995), tres años antes se había editado él mismo la investigación completa (*La historia de la revista Ecclesia entre 1941 y 1954*, Pamplona, Autor-Editor, 1992). Se trata de un trabajo bastante completo, donde se analiza la evolución de la revista tanto desde la perspectiva intraeclesial (obispos, clero, seglares, etc.) como desde su visión de la realidad nacional.

*Cuadernos para el Diálogo* fue una de las revistas que, dentro del mundo católico, mayor aportación realizaron para la construcción de un ideal democrático y su lanzamiento en 1963 supuso, al mismo tiempo, el inicio de la carrera de personas que, en diferentes ámbitos, pero muy especialmente dentro de la política, tendrían gran protagonismo en el postfranquismo. De ahí que la salida a la calle de la tesis doctoral del aragonés Javier MUÑOZ SORO, centrada precisamente en la revista fundada por Joaquín Ruiz-Giménez, suponga una bocanada de aire fresco en un terreno, el de las publicaciones de la Iglesia, donde sólo la tesis doctoral de Yolanda CAGIGAS (*La revista Vida Nueva (1967-1976)*), todavía inédita, ha contribuido a paliar las numerosas deficiencias todavía existentes. Todo ello sin olvidar la interesante obra coordinada por José Antonio GONZÁLEZ CASANOVA (*La revista "El Ciervo". Historia y teoría de cuarenta años*, Barcelona, Ediciones Península, 1992), quien, aunque constitucionalista de profesión, fue uno de los más activos promotores de la revista *El Ciervo*, junto con los hermanos Gomis.

### **A modo de conclusión**

Parece evidente, a la luz de lo que hemos contado, que existe una producción intelectual amplia sobre la Iglesia durante el franquismo, en sus muy diversos aspectos. Mucho más amplia, desde luego, que la referida a otros períodos, como pueda ser la Transición a la democracia y, más aún, la relación entre la institución y la Dictadura de Primo de Rivera.

En ese sentido, poco a poco se va configurando una nueva generación de historiadores especializados en el tema, cuya principal virtud es el bajo o nulo grado de ideologización, en un terreno demasiado dado a

la subjetividad, por cuanto la Iglesia católica genera habitualmente polémica. Pero, a pesar de esas nuevas aportaciones a la investigación, sigue resultando necesarias más incorporaciones a este terreno, ya que apenas se han abordado temas tan centrales como la financiación de la Iglesia o la participación de la democracia cristiana española en la oposición al franquismo (el libro de Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo. La democracia cristiana*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001, aun siendo respetable, se encuentra lejos de cubrir las expectativas que genera la cuestión). Y es que, a fin de cuentas, la influencia del catolicismo en la Historia de España, tanto para bien como para mal, ha sido tan importante que resulta muy difícil, por no decir imposible, comprender la evolución del Régimen de Franco sin tener en cuenta el papel que desempeñó en él la Iglesia católica.